

Trabajo en el Espacio Social Rural.

Alfonso de Barros

Instituto Superior de Ciencias del Trabajo
y de la Empresa de Lisboa

INTRODUCCION

Esta ponencia se presenta en el ámbito de un Seminario que tiene por objetivo discutir la problemática del mercado de trabajo rural en el Sur de Europa. Más precisamente, se encuadra en un módulo que tiene por título «Análisis cuantitativo y cualitativo del Mercado de Trabajo» y, dentro de este, en el apartado específico sobre «estructura actual del mercado de trabajo».

Hecha esta puntualización, no quedan dudas de que debo analizar problemas relativos a la estructura actual del Mercado de Trabajo Rural en el Sur de Europa. Me esforzaré por lo tanto en proceder a hacerlo. No podré, con todo dejar primeramente de discutir las principales referencias contextuales, de naturaleza conceptual y espacial, que sirven para analizar la estructura actual del Mercado de Trabajo. Cuatro palabras identifican tales referencias: *Rural, Europa, Sur, Actual.*

Al vincularse el problema del mercado de trabajo al espacio rural y no directamente a la actividad agrícola, se ha de remitir al campo analítico en el que coexisten y se cruzan diversas actividades en las que, por lo tanto, es obligatorio tener en consideración diversos tipos de trabajo. Y esto es tanto más importante cuanto que es cierto que, en la actualidad, se registra la tendencia en el espacio geográfico que nos situamos de una pérdida de peso relativo de la agricultura a favor de otras actividades o pura y simplemente a favor de situaciones de inactividad.

Al analizar el mercado de trabajo hay que prestar atención a la pluralidad de actividades en las que el trabajo se materializa, en los medios rurales o

es susceptible de materializarse y a la vez los cruces entre esas actividades o, de menor importancia, entre actividades a situaciones de inactividad.

Acontece que, siendo la actualidad la referencia temporal colocada, es imprescindible prestar atención no sólo a las situaciones existentes sino también a las perspectivas que, en el sur de Europa, se diseñan para la evolución del espacio rural. Por lo tanto, es fundamental estar atento a las tendencias en las que se consubstancia el proceso de rápido y profundo cambio que afecta a estos espacios sociales y que no es posible detectar.

Por fin, es necesario prestar atención, a las especificaciones relativas a la zona sociogeográfica en referencia, es decir, el Sur de Europa. Al mismo tiempo que se presta atención a semejantes especificaciones, no se puede perder de vista el impacto que resulta del proceso de integración de esos espacios en la C.E.E. y, más en general, en la construcción de la unidad europea.

Se apuntan como perspectivas de análisis del mercado de trabajo, en el ámbito de este Seminario, la cuantitativa y la cualitativa. Quiero, para empezar, esclarecer que es sobre esta última de la que informará mi ponencia. No hay ningún desprecio por lo cuantitativo en el origen de esta opción. Considero que el análisis cuantitativo representa la perspectiva fundamental para el avance y la afirmación de las ciencias sociales y tengo por indiscutible su especial imprescindibilidad en lo que toca a la problemática del mercado de trabajo. Acontece que, relativo al tema, se recortan problemas de naturaleza cualitativa cuyo análisis condiciona cualquier abordaje cuantitativo en el cual, como tal, se justifica que nos detengamos sobre ellos.

Por todo esto la contribución que me propongo trazar en este Seminario irá traducida en un ejercicio que pretendo sea lo más libre posible, de análisis de la situación y perspectivas de trabajo en los espacios rurales del Sur de Europa y relacionadas con este análisis, de cuestionamiento de categorías clasificadas y de aspectos conceptuales. Por ser el horizonte empírico el que mejor conozco, el caso portugués me servirá, como es natural, de referencia prioritaria. Pretendo, por eso, que este ejercicio de reflexión encierre la virtud de extenderse en aspectos decisivos, al Sur de Europa, procurando contribuir, de este modo, para la discusión de problemas comunes a los países y regiones que forman esta zona de Europa.

TRABAJO RURAL: NOCIONES, CATEGORIAS Y PROBLEMAS.

En dos afirmaciones se puede entender la noción de trabajo asociada al cualificativo rural. En sentido más restringido se trata del trabajo inherente a las actividades designadas como son las tradicionales de los medios rurales: La agricultura, la artesanía, las pequeñas oficinas, el comercio, etc En sentido más amplio y actual, estamos en presencia del trabajo ejercido en el espacio social rural, que comprende no solamente las antiguas y típicas profesiones rurales sino también todas aquellas que con creciente importancia se implantan y afirman fuera de los espacios urbanos metropolitanos y que van desde la industria hasta el turismo, pasando por la modernísima tendencia de actividades ejercidas en el domicilio con recurso a los medios de comunicación a distancia. Parece no ofrecer discusión que es en el segundo sentido que la noción de trabajo rural debe ser entendida y adoptada. Siendo así, será interesante pasar revista y analizar la diversidad de situaciones en el que el trabajo en el espacio social rural es susceptible a doblarse.

Parece lógico comenzar por el trabajo agrícola. A pesar de que la agricultura pierde peso relativo en los medios rurales, habiendo dejado de ser, en algunos casos, o tiende a dejar de ser en otros casos, la principal actividad existente, la verdad es que el problema del trabajo en el espacio rural no puede ser analizado sin antes tener en consideración la agricultura.

Razones de orden histórico hacen que así suceda.

El trabajo en la agricultura coloca, como cuestión preliminar, problemas de naturaleza conceptual sobre los cuales nos detendremos un momento. Generalmente tomado como evidencia, hablando así, en el empleo corriente que de ello se hace, el concepto de *trabajo* se revela, todavía, en análisis profundo, de difícil construcción, más por la gama de variables que concurren para su definición que por las diversas determinaciones analíticas que precisan o concretizan.

Por su lado, el trabajo es dispendio de energía humana y en este sentido está estructurado en tecnologías y sistemas de cooperación que han variado profundamente en el tiempo y son específicos a cada rama de producción en particular. Por otro lado, el trabajo fundamenta categorías específicas de repartición del producto social. Siempre que la productividad social genere

excedentes sobre las necesidades inmediatas de supervivencia de las colectividades humanas, el trabajo que encuadrado por diferentes relaciones sociales en la apropiación de ese excedente, en formas tan diversificadas que fueran desde los impuestos en géneros hasta la sutil transferencia del sobreproducto por vía de complejas relaciones mercantiles intersectoriales y legitimadas por diferentes estatutos formales de los medios de producción y del producto creado.

Estos dos niveles de análisis se interpenetran, dando origen a diferentes articulaciones, porque a lo largo de la historia, las tecnologías y sistemas técnicos de organización de trabajo se intercalan con variables relaciones sociales de producciones, no en obediencia a reglas lógicas si no debido a las especificaciones de su propia génesis histórica y de la particular esfera de producción a los que se hallan asociados. Es por eso que es difícil llegar a un sistema conceptual de análisis de trabajo aplicable a una sociedad como la portuguesa donde domina la producción de tipo capitalista y de las relaciones sociales de producción ausentes en el binomio capital-trabajo asalariado sin la presencia de formas de producción *no capitalistas* que comprenden miles de hombres y mujeres, absorben el trabajo de una buena parte de los mismos y concurren en una parcela significativa para el producto social generado, como es el caso de la espera de producción agrícola. En las sociedades en que se afirmó o generalizó la forma *mercantil* y la categoría de *valor de cambio* que la fundamenta, el trabajo está ordenado socialmente a través de esta categoría y el no trabajo comprende tanto el ocio como ciertas actividades que sean estadísticamente «penalizadas» por no estar asociadas a la creación de valores de cambio, todavía que puedan desempeñar algún papel de este punto de vista -y el caso de actividades agrícolas con vistas al autoconsumo, de complemento de trabajo en la industria y que intervienen en el proceso de reproducción de la fuerza del trabajo industrial.

Cuando los procesos productivos se distancian de las contingencias impuestas por la naturaleza y de las finalidades concretas expresadas en los usos particulares de los bienes producidos, el trabajo gana la forma específica del *factor productivo* posible de utilización en flujos de intensidad ajustable a las exigencias de valorización del capital. Los servicios productivos que el factor trabajo ejecuta son entonces remunerados por el salario en sus diversas formas conocidas.

Ahora las categorías analíticas corrientes utilizadas en el estudio del trabajo incluso en el trabajo en la agricultura, son derivadas de esta forma específica

de trabajo. La actividad económica, el empleo, el desempleo, la profesión, etc ..., son, en el fondo, categorías aptas para dilucidar la utilización del fondo de trabajo de una sociedad en las condiciones del proceso de producción de fábrica, es decir, de un sistema de combinación de factores productores en línea con una elevada especialización de los operadores y con una gama infinitesimal de proporciones relativas en la utilización de esos factores. Como es sabido, este proceso de producción de fábrica es característico de la economía industrial y su aplicabilidad en agricultura encuentra fuertes resistencias. En verdad, el proceso de trabajo agrícola, no concierne sólo a la producción del eco-sistema natural, si no que guarda su especificidad en relación al capital, no pudiendo ser íntegramente sometido al proceso de valorización de este y tampoco la separación del productor en relación a los medios de producción puede ocurrir completamente. El trabajo agrícola sólo parcialmente fundamenta categorías de repartición del producto en la medida en que en la «empresa» familiar no opera la diferenciación entre remuneraciones del trabajo, de capital y de propiedad fundista. La remuneración de los «factores» de apropiación del producto, vendido o autoconsumido en el cuadro general por la indisociabilidad de las economías domésticas y de las «empresas» familiares.

Sucede entonces que en situación tan diversa de las condiciones de producción de fábrica, el mismo cuadro analítico sólo puede ser usado desde un prisma ecológico lo que no pocas veces implica distorsión de toda la evidencia empírica.

La pertinencia de las cuestiones colocadas es, se diría, sobre todo relativa al trabajo familiar, desvaneciéndose cuando se trata de trabajo asalariado. El mercado al presupuestar las categorías de compra y venta, apenas da respecto al trabajo ejercido por cuenta de otros teniendo por contrapartida la remuneración de la forma de salario. No por eso las consideraciones de naturaleza conceptual producidas deben dejar de ser tenidas en cuenta.

El trabajo en la agricultura no pierde la especificidad que las propias particularidades de actividad agrícola le impriman, conforme se dejó esbozado. Por otro lado, como se sabe, el trabajo asalariado sólo puede ser entendido cuando es analizado en relación con el trabajo familiar. No sólo por esta representación la situación dominante en la agricultura, parte con variaciones significativas, ya que los dos estatutos de trabajo pocas veces se cruzan o se diseñan en tendencias alternativas. Comprender problemas como la expresión minoritaria del trabajo asalariado en agricultura y la tendencia para su declive

exige que se tengan en cuenta las especificidades de la actividad agrícola y se analizan comparativamente al trabajo familiar y al trabajo asalariado.

Pero no basta prestar atención a las relaciones entre el trabajo asalariado y el trabajo familiar, el análisis de trabajo en la agricultura y, más concretamente, de mercado de trabajo agrícola quedará irremediablemente oscurecido y distorsionado si no se tuviese en cuenta el conjunto de articulaciones entre la agricultura y otras actividades económicas y entre la agricultura y otras situaciones de inactividad, como son las de reconvertidos y pensionistas.

Detengámonos, pues, a considerar las actividades no agrícolas ejercidas en el espacio rural. Un problema previo que a este propósito se coloca y se ha de precisar es la propia noción de espacio rural. Hacerlo en términos suficientemente profundizados implicaría escribir otra ponencia. Diré que no me parece de ningún modo aceptable el método de intentar fijar fronteras precisas y mucho menos recurrir por tanto a criterios cuantitativos como sean o de dimensión de los agregados populares. Queda por discutir la propia pertinencia de la distinción rural/urbana. Pero ante la necesidad de precisar mínimamente referencias que permitan precisar un cuadro espacial de análisis, propondré que éste sea el espacio no metropolitano incluyendo en este espacio las zonas designadas como peri-urbanas.

Con relación a la crisis del modelo de desarrollo espacialmente concentrado inherente a la ideología industrialista de la primera y de la segunda revolución industrial, queda una tendencia, a veces dudosa, contradictoria y espacialmente desigual, para la implantación de industrias en medios rurales, en modalidad de industrialización difusa o, también, en medios de naturaleza peri-urbana. Volveré al problema. Por ahora lo que importa es señalar que, a consecuencia de la inflexión apuntada, el trabajo en la industria tiene que ser considerado al analizarse la problemática inherente al mercado de trabajo rural.

En determinadas regiones de países del Sur de Europa, una parte significativa o hasta la mayoritaria del mercado de trabajo, sólo el trabajo en modalidades asalariadas, es enorme en desproporción al mercado de trabajo agrícola y al mercado de trabajo industrial, atendiendo al predominio de la agricultura de naturaleza familiar y, por tanto, al hecho de que el trabajo agrícola no se realice bajo forma salarial.

No quiere esto decir que la cuestión del mercado de trabajo sea destituida de pertinencia para analizar el trabajo en la agricultura. Se verifica, con efecto,

en las regiones que se refieren que la agricultura y la industria se hallan profundamente interligadas no en los términos clásicos de flujos de bienes intersectoriales si no precisamente a través del trabajo o del trabajar. La figura de operario-agricultor es el producto típico de esa modalidad de articulación. La repartición entre la fábrica y la exploración agrícola introduce importantes condicionantes en la organización del mercado de trabajo rural. Aun más, la agricultura asume una destacada función en la constitución del mercado de trabajo industrial al configurarse como fuente de producción y de reproducción de fuerza de trabajo para la industria. Por otra parte, la industria se ve condicionada por el hecho de que los trabajadores que utiliza mantuviesen un pie en la agricultura y dispusieran de un grado de autonomía mayor del que posee un asalariado puro. Ejemplos de fábricas que se ven forzadas a ajustar sus ritmos de producción y los calendarios de sus fichas al ciclo agrícola se encuentra con frecuencia. Es también el caso de nuestra suspensión de actividad en época de vendimias a las que se ven forzadas fábricas implantadas en regiones productoras de vino.

Más no sólo la industria surge como actividad que gana expresión en determinados medios rurales y se afirma como importante o hasta principal sector estructurante del mercado de trabajo rural. Las actividades ligadas al ocio asumen creciente significado. Así sucede designadamente con el turismo y la caza. Si es cierto que se trata de un fenómeno con menor expresión cuantitativa que no concierne al empleo generado, la verdad es que estas actividades tienden, en determinadas regiones, a afirmarse como pocas o únicas oportunidades de empleo en el medio rural.

TRABAJO EN EL ESPACIO SOCIAL RURAL: SITUACION, TENDENCIA Y PERSPECTIVAS.

Hasta aquí resulta que el problema de mercado de trabajo rural sólo puede ser adecuadamente analizado en el contexto, más general, de la problemática del trabajo ejercido en el espacio social rural lo que, a la vez, implica que se tengan presentes la configuración de esos espacios sociales y las perspectivas de cambio que les percurren y con las cuales se confrontan.

A nivel general se puede decir que el proceso de cambio que se vive y preve diseñarse como contratendencia al desarrollo espacialmente concentrado de naturaleza urbano-industrial. En rapidísima visión, intentamos captar las

características de ese proceso anterior y el viraje hacia nuevas configuraciones.

Los profundos cambios que la sociedad rural conoce como consecuencia de la revolución industrial pueden sintetizarse como un proceso de transformación de una sociedad pluriactiva y multifuncional en un espacio social agrícola, económico y socialmente desintegrado.

Al transferir a la ciudad las actividades ahora designadas por industriales, la revolución industrial tiene por efecto arruinar la producción rural de bienes no agrícolas, organizada de forma artesanal, y, por otro lado, romper el ciclo productor agrícola, volviendo a la agricultura dependiente de dos *inputs* producidos industrialmente en el espacio urbano. El campo se ve, de esta forma, especializado únicamente en la producción agrícola, la cual a su vez se vuelve cada vez más directamente orientada a la ciudad y para la ciudad. En el plano económico se rompe de este modo la integración en el espacio rural.

Pero no sólo en el plano económico. La transferencia de fuerza de trabajo a la ciudad, al adquirir la dimensión de éxodo, viene a romper el tejido social existente, contribuyendo decisivamente a acelerar y profundizar el proceso de recomposición social determinado por lo que se puede llamar «agriculturización» del espacio rural. En el plano social, también el campo perdía, de este modo, la naturaleza de espacio integrado.

El cambio operado en las relaciones ciudad/campo, que inevitablemente se avoluminan en el discurrir de este proceso, se representa, de acuerdo a las tipologías polares inherentes a las teorías asociadas al industrialismo, a través de la dicotomía ciudad/campo que procuraba exprimir, en términos de antítesis, las posiciones diferenciadas, cuando no opuestas, de estos espacios sociales.

Las tendencias que en la actualidad se vienen afirmando apuntan a un panorama bien distinto de aquella que se acaba de esbozar en sus más elementales contornos. Los espacios rurales especializados en la agricultura, subordinados a los espacios urbano-industriales y socialmente desvalorizados, van hacia organizaciones espaciales pluriactivas, multifuncionales e integradas. Correlativamente, se asiste a un movimiento de creciente revalorización social de los espacios rurales, de aquí el resultado visible, el reciente fenómeno de mayor crecimiento demográfico de estos espacios, en comparación con los urbanos al que asiste en diversos países de Noroeste europeo. El modelo de

desarrollo concentrado, inherente a la polarización urbana-industrial, entró en crisis, da señales de agotamiento y conoce ya importantes inflexiones. Las transformaciones tecnológicas que surgen del proceso con frecuencia designado por la tercera revolución industrial favorecen a diferentes formas de implantación industrial y de este modo, tiene previsto contribuir a las significativas alteraciones en la organización espacial. La sensibilidad creciente a las cuestiones ambientales surge como otro aspecto de la crisis que el industrialismo, en cuanto a forma concentrada y arrogantemente PERJUDICIAL al medio ambiente, viene conociendo y se diseña como factor que impele a nuevas formas de relación espacial.

La conjuración de estos diversos factores se manifiesta en profundas alteraciones en los espacios socio-rurales y, al mismo tiempo, modifica la relación de la ciudad con el campo y el posicionamiento relativo a lo urbano y a lo rural.

Se rompe, de este modo, la tendencia desintegradora que la industria imprime al espacio rural. Diversificado al plano de las actividades económicas, redimensionado a nivel funcional, complexificado a la organización social, en el campo gana capacidad integradora en nuevos y bien distintos moldes en relación a lo que ocurría en la época pre-industrial.

Claro está que semejante proceso conoce diferentes modelos de concretización y diversificados grados de intensidad. Es interesante ver la distinción propuesta en la Comunicación de la C.E.E. sobre «El futuro en el mundo rural», de 1.988, entre las zonas sujetas a presión de la evolución moderna, las que se encuentran en declive y las que se hallan en proceso de desdoblamiento y de abandono de las tierras.

Los países del Sur de Europa, dada la diversidad interna que los caracteriza, conocen los diversos tipos de situaciones resumidas genéricamente en lo relacionado a la C.E.E.. Es por lo menos lo que claramente sucede, fuera con diversos cambios, en Italia, España y Portugal. En los tres encontramos:

- A) Espacios rurales en proceso de evolución moderna, con agricultura capitalizada y moderna y en que, en algunos casos, la industria se va implantando.
- B) Espacios rurales en declive, más o menos acentuado y rápido.
- C) Zonas deprimidas y marginadas.

En perspectiva geográfica, las regiones del Sur de países meridionales son aquellas en las que, en general los problemas del declive y de la marginación se hacen sentir más acentuadamente. Tal circunstancia tiene implicaciones profundas en el trabajo y en el mercado de trabajo. Y esto es tanto más de hacer notar cuanto que es cierto que en esas regiones donde las relaciones de trabajo dominantes asumen naturaleza salarial y donde, por lo tanto, el mercado de trabajo visiblemente se configura en el sello de la actividad agrícola.

La tendencia que en estas regiones, que forman o que podremos llamar el Sur del Sur, se verifica es hacia el descenso de la población y el declive demográfico. El éxodo, el envejecimiento y la baja del índice de natalidad se conjuran como factores que directamente determinan esta tendencia y concurren a potenciar el agravamiento respectivo. Semejante tendencia, en el caso de no mantenerse, apunta a la perspectiva que no al límite, será de desertización humana. Y en la situación de crisis y de debilidad que en estas regiones se van profundizando no será fácil contrariar la perspectiva diseñada, caso de no recurrir a una intervención coherente, consistente y adaptada a las realidades sociales locales y regionales.

Dejando de tratar esta cuestión, a lo que se requería y se sugiere, la organización de otro seminario sobre el desenvolvimiento del Sur del Sur de Europa, lo que importa realzar, en el cuadro del presente seminario y la manifiesta crisis que las relaciones de trabajo de naturaleza salarial conocen en la agricultura y, en consecuencia, la debilidad del propio mercado de trabajo agrícola.

En el caso de las regiones del Sur, esta creciente debilidad no ha sido, en general acompañada por la reestructuración de las formas de organización de trabajo en la agricultura, a través de la afirmación de la agricultura familiar, ni por la implantación y difusión de otro tipo de actividades. En contrapartida, en otras regiones el incremento de actividades de naturaleza industrial en el medio rural está en el origen de fuerte expansión del mercado de trabajo en el espacio social rural.

De todo esto resulta, como perspectiva que se afirma y tendencia que cada vez con mayor claridad se diseña, la creciente importancia del trabajo no agrícola en la organización del mercado de trabajo rural. Así entonces se verifica, como sucede en diversas y vastas zonas meridionales de los países del Sur, que la ratificación del mercado de trabajo agrícola pura y simplemente se inscribe en el dramático declive de esas regiones.